

Nombres de pila y la pila de nombres de nuestra lengua

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua Española

El nombre es la palabra que designa o identifica seres animados o inanimados, como nombres comunes, o como nombres propios. Hay personas que tienen mucho nombre, es decir, mucha fama, buena reputación. O lo contrario, mala fama, como en el apodo. O se tiene ya un sobrenombre, un apelativo, ‘el manco de Lepanto’, y todos recordamos a Cervantes. Hay artistas que claman por un nombre, por un pseudónimo que les dé fama. O por un nombre comercial, ‘el corte inglés’, que ni se dedica al corte ni es inglés. El nombre de guerra o artístico de alguien alude al sobrenombre que adopta para realizar una actividad; por ejemplo, ‘Martirio’. El nombre de pila es el nombre que se da a la criatura cuando se bautiza o el que se le adjudica por elección para identificarla junto a los apellidos.

Cada pueblo, cada cultura presta a los individuos un nombre propio, según su saber y entender. Cada individuo nada más nacer o incluso antes es designado por un nombre puesto por sus padres al que responde y se asocia. Hay nombres que con variantes se repiten en los distintos países, porque corresponden a culturas determinadas. José, María, Saúl, Andrés, Rafael, Jesús, Pedro, Pablo nos indican cultura judeocristiana. Aquiles, Platón, Dante, Flavio, Livio hablan de la cultura grecolatina. Roberto, Adolfo, Gilberto, Jorge delatan origen eslavo. Kinto, Susuni son de la cultura oriental. Cuentan de un cura que en el bautizo al oír el nombre del acristianado, Stalin, dijo que viniera Lenin a bautizarlo. En Ecuador han llegado a un acuerdo sobre el uso de Lenin. El día que a una madre permitieron ponerle ‘lobo’ a su hijo nos quedamos todos más tranquilos; por lo menos no le había puesto ‘lobezno, lobato, lobatón’. Aunque a mí me recuerda la canción ‘yo no soy una loba’, o la variante ‘yo soy tu loba’ de las culisueñas bolivianas. Ahora bien, nunca perdonaremos a aquella mujer jienense que casó con un granaíno, sin saber que se apellidaba ‘Rufián’.

Según Start Mill, existen los nombres parlantes, es decir, los que dicen algo de aquello que rechaza la colectividad, aquello con lo que se congratula, o lo que admira o detesta; y nombres propios o no parlantes. Los antropónimos, los topónimos, los nombres de las deidades y otros han tenido significado preciso y siempre de acuerdo con los deseos, creencias y esperanzas de la tribu o del miembro de la tribu que ejecutaba la acción de

nombrar. Así se desprende de las tradiciones grecolatina, judeocristiana y árabe. En todo caso, estas tres culturas, que han forjado la cultura española, han podido dejar una huella importante en nuestras tierras en la costumbre de crear nombres con sentidos, aunque a medida que se usan se desgasta el sentido y se pierde en la noche de los tiempos. Por ejemplo, ¿quién sabe que María significa en hebreo la ‘elegida’, y que José es el ‘añadido’?

Pienso que todo nombre ha tenido su significado y a medida que ha pasado el tiempo el hablante pierde el conocimiento de ese significado. Esto es aún más evidente en la onomástica de los personajes y de los lugares que aparecen en las leyendas, mitos y en la literatura popular de cada comunidad. En los cuentos tradicionales, por ejemplo, es frecuente encontrar individuos cuyo nombre nos ilustra sobre su carácter, su aspecto físico, su oficio, etc., o nos anuncia su destino futuro. Es lo que intenta la lengua ‘guanche’ o canaria con los nombres ‘Gara’ para la mujer y ‘Jonay’ para el hombre, que por amor se suicidaron en el monte Garajonay. Para el vasco, ¿es suficiente decir que ‘Udane’ viene de ‘uda’ que significa verano? Ainara, como golondrina, ¿porque llegaron las golondrinas al País Vasco?

La literatura culta tampoco se ha zafado de esta manera de nombrar; baste ver la literatura griega, o la Comedia Nueva, en concreto la labor en este sentido de Plauto. Baste ver también la literatura española de los Siglos de Oro y la europea de la misma época, la obra de autores concretos como Galdós, o piezas indiscutibles y archiestudiadas como El Libro de Buen Amor o La Celestina. Cuando aportan la contraria en una clara actitud cínica, recogemos eso de ‘La casta Susana, que enterró a tres maridos y aún le quedó gana’. Cuando refieren directamente algo de lo que los personajes poseen, nos topamos con ‘A lo justo se ajusta Justa, y eso me gusta’. ‘Clara’ es una ramera, y tiene ese nombre porque el oficio de la prostitución es muy visible en las mujeres que lo ejercen, ya desde su propio aspecto físico hasta sus mismas maneras de estar y comportarse. ‘Celestina’, poco celestial, es una alcahueta, en un caso, y en otro, es una hechicera o bruja. Recuérdese que el personaje literario que ha hecho popular y universalmente conocido este nombre combina estas dos facetas. Es más, los refranes y la propia historia y la literatura, suelen presentar unidas la alcahuetería y la brujería, pues uno de los métodos para rendir a la mujer a la que ama el que contrata sus servicios es la utilización de pócimas, conjuros y objetos hechizados. ‘Constanza’ es perseverante, con aplomo moral, como su propio étimo indica, cuyo significado es ligeramente distinto al nuestro de constancia. ‘Delicia’ es codiciosa, y su nombre es ése porque está seducida por el dinero, por el cual siente un afán infinito. ‘Dolores’ es quejica. ‘Elena’ es la muerte, porque según Esquilo significa funesta para los buques, o por estar asociada a la guerra de Troya. ‘Lucía’ es la que tiene la lumbre y la reparte entre las vecinas, con una

clara alusión a la luz que da el fuego. ‘María de Toledo’ es gorda y pesada. Según José M^a Sbarbi este nombre hace referencia a una de las campanas de la catedral de esa misma ciudad, templo que está dedicado a Santa María, y por tal se le conoce. ‘María de la Paz’ es la esposa que apacigua la cólera del marido, cumpliendo una de las obligaciones que los refranes asignan a las casadas. ‘María Leocadia’ es una alocada o, más aún, una mujer loca. En este caso, no es el étimo el que da el significado a este antropónimo, sino que responde a un juego de palabras basado en la similitud fonética entre Leocadia y locadia.

<http://hdl.handle.net/10481/48514>